

SUSCRIPCION

Por mes..... \$ 0.20
Número suelto..... " 0.00
Tres meses..... " 0.56

EL PORVENIR

PERIODICO SEMANAL

DIRECCION

REDACCION Y ADMINISTRACION
323 — Calle Vi — 323

REDACTOR

ALEJANDRO LERENA

DIRECTOR

DALMIRO FELIPPONE (HIJO)

ADMINISTRADOR

ARNALDO CALVO Y FELIPPONE
TIENE EDITOR RESPONSABLE

EL PORVENIR

Los aparecidos

LA VIUDA

Hay entre el pueblo, y sobre todo en los habitantes de la campaña, ciertas preocupaciones absurdas sobre el poder maléfico de las * aninas*, a las m as que atribuyen las graciosas intenciones viéndolas en todas partes, hasta a la plena luz del día.

Son resabios del viejo fanatismo religioso, que se conservan aún en el c andido espíritu de esas gentes, pero tan profundamente arraigados, que es cosa m as que imposible destruirlos, ni, arguyendo con la l ogica poniendo en juego el ridículo.

Es una obra dif il que solo llevará a cabo el tiempo, que todo lo transforma y lo modifica progresivamente.

Hoy por hoy, los ilusos es cierto que han disminuido notablemente, pero en cuanto a concluirse... para all  me las guarden!

De estas creencias supersticiosas, una de las principales y de las que m as fuertemente impresionan el \'animo de los campesinos, es la que ha creado la *viuda*, ese tipo tan fantástico como aterrador.

Desalojada, por la acción eficaz del progreso, de los dominios de la capital, donde suelen aún merodear de tarde en tarde por los suburbios, aunque sin lograr aterrizar a muchos incautos, se ha refugiado ahora en las pequeñas poblaciones, de donde les mete a sus pacificos vecinos cada julepe que los deja sin sangre por unos cuantos días.

Que realmente existe la *viuda* es punto que no admite discusión. Cuanto ami-

go de aprovechar la fruta del cercado ajenos, a quien molesta por supuesto, la vigilancia de los dem as en sus citas nocturnas; cuantos aficionados a saborear la carne de gallina... gratis, hay por esos alrededores, se convierte en *viuda*, pr via colocación de una amplia y blanca s abana, y ya lo tienen Vds. poniendo en jaque toda una poblacion, con su correspondiente partida de policía.

No hay nada que iguale a la fantasía popular ni que supere su vuelo atrevido; ella transforma por completo seres y cosas, haciendo hasta hablar a los arboles si mucho la apuran.

De aqui que Fulano de Tal haya visto la *viuda*, como la ha visto efectivamente a altas horas de la noche, y recorra rancho por rancho, al otro día, refiri ndole a sus amistades el hecho extraordinario, adorn ndolo de los detalles mas inverosimiles, y describiendo el tipo, causas de sus desazonas, con los atravios mas extravagantes.

La alarma cunde en toda la línea, y es de oir los curiosos di alogo que cambian las comadres con este motivo!

— Si viera, i na Sinfiorosa, a mi compadre Presentacion lo ha corrio lo viuda anoche, ¡Jesucristo! — dice que tenia unos brazos tan largos, lo mesmito que esa picana, y echaba unas luces por los ojos que era una temeridad.

— Y por onde la vido?

— Asigun dice mi compadre andaba en la g uerta del finzo Iduviges. De ay ha salio.

— ¡Maria santissima! si será el alma del finao que andar  penando!

— De juro que ha de ser! Y Dios libre y guarda a i na Pancha, la muger, que a la cuenta, anda en irriuedos con Graniel, aquél mozo que era pion del finao.

— En deveras!

— ¡Oturis! Y que uste no sabia...

estaba esperando, y que venia de desayunarse apetitosa y copiosamente. Al llegar a su puesto, se inclin  hacia mi con sonrisa diciéndome en voz baja: — Mucho hay en qu e confiar todavia! — No es cierto que puedo todavía conservar esperanzas? le respondi yo también sonriendome ligeramente. — Sin duda; continuó el abogado. Yo ignoro aun cuál ha sido el veredicto (1), pero si se desentienden de la premeditación con que se cometí el hecho, se contentaran con presidio perp etuo — ¿Como presidio perp etuo? — Qué está usted ah i diciendo? le repliqué yo indignado. — Antes mil veces la muerte!

— La muerte! — Si! — Y ademas me repetia yo dentro de mí mismo, — qué arriesgo yo en explicarme asi? — Cuándo se ha visto pronunciar una sentencia de muerte sin  a media noche, en una sala sombría, negra, y en el frio de las lluviosas noches de invierno? — Pero en el mes de Agosto, a las 8 de la mañana, en tan bello día, y en las manos de estos buenos jurados... — Imposible! — Y se fijaron mis ojos de nuevo en la graciosa flor que los rayos del sol bañaba.

El presidente solo había estado esperando a mi abogado; me pidió que me levantase. Echaron las tropas las armas al hombro, y todos los circunstantes se pusieron en pie al instante mismo, como pudieran a impulsos de un choque eléctrico. Un nombrecillo nulo y de mal aspecto sentado a una mesa en las gradas del tribunal, probablemente su escriban tom  la palabra, y ley  el veredicto pronunciado por los jurados en mi ausencia. Un sudor frio baño todos mis miembros al oirlo, y

(1) Dictamen que emit n los jurados, declarando si el acusado ha cometido o no el crimen que se le supone.

De paso ca azo! Mientras las dos vecinas comentan la aparición de la viuda, le cortan un retazo a i na Iduviges.

Y entre chupo y chupo del cimarron, continua la conversación girando en torno del mismo tema, que es el obligatorio.

A medida que el círculo de los azorados oyentes se ensancha, las observaciones se abultan considerablemente, brotando de todos los l abios las exclamaciones de horror mas pintorescas; hasta que cae el compadre Presentacion, en cuerpo y alma, a quien todos miran como un resucitado.

— Y de ay! Que v  a ser un cristiano con los *dijuntos*? Yo, hombre a hombre, no reculo, pero con * aninas* del otro mundo!.... Mas vale que me achurecen!

Y este fenómeno moral lo vemos producirse a cada rato! Tipos de una bravura her ica, que no conocen el miedo, ni huyen jamás al peligro real, por tremendo que sea, tiemblan y se acobardan miserablemente ante la suposición no mas de una de esas fantásticas apariciones.

¡Que abismo caba la ignorancia en la inteligencia humana!

GRANTAIRES.

CUADROS SOCIALES

El Doctor Filantropia

(A MUCHOS DOCTORES)

I

Ap nas cuenta veintiocho años, y alli le teneis a D. Tiburcio Matasanos, miembro efectivo de catorce sociedades, honorario de cuatro cofradias, sobrino de cuarenta tias, y tio, a su vez, de un ejambr de sobrinos.

tuve que apoyarme en la pared para no ca rme. — Abogado, pregunt  el presidente — Tiene ud. algo que exponer relativo a la aplicación de la pena?

— Yo si que hubiera tenido mil exposiciones que hacerle! Pero se me había pegado la lengua al paladar, y no acert  a pronunciar una sola palabra.

Se levant  mi abogado, y según yo entend『 trat  de atenuar en lo posible la declaración del juzgado, pidiendo en vez de la pena que esta provocaba, galeras perp etua, la esperanza de cuyo logro me había ofendido tanto.

Grande debió ser mi indignación en aquel punto para abrirse paso por entre los millares de emociones que se disputaban mi pensamiento. Quise repetir en alta voz lo que h bia dicho antes. — Primero mil muertes que galeras perp etua! Pero me faltó el aliento, y solo me qued  acción para tirarle rudamente del brazo al abogado, gritando con fuerza convulsiva — ¡No! — Y cuando el fiscal combatió las razones de la defensa, escuchaba yo las suyas con imbécil alegría.

Salieron luego los jueces de la sala, volvieron en algunos instantes, y me ley  el presidente mi sentencia.

— Condenado a muerte! grit  el jentio; y al conducirme a la puerta se agolp  el pueblo hacia mí, con el estruendo de un edificio que se desploma.

Yo iba por mi parte ebrio y distraido, como si una revolución completa acabase de trastornar todos los elementos de mi existencia. Hasta entonces había yo sentido mi propia respiración, los latidos de mi pecho, y me parecia vivir en el mismo medio que los otros hombres; pero desde la sentencia de muerte, una muralla formidabile se

“El Porvenir” — Con este título ha empezado a publicarse un pequeño periódico semanal, dirigido por D. Felippone, redactado por Alejandro Lerena y Pedro Blanco y administrado por Arnaldo Calvo y Felippone.

Todos ellos son jóvenes escolares y su monte es ilustrarse.

Les enviamos una palabra de estimulo. *el Siglo*.

A los veinte años era consagrado sacerdote del augusto templo de Esculapio.

Se le acababa de dar carta en blanco sobre la vida del género humano. Si la humanidad no hubiera tenido sino una cabeza tan solo, pronto se hubiera hecho con fama emperecedera, aun cuando fuera tan triste como la del incendiario del templo de Iana.

Si es una máma general de todo bicho viviente el querer *hacer papel*, ¿que hay de extraño en que nuestro jóven Doctor trate tambien de figurar?

Cada uno en su esfera se esmera lo posible para llegar á hacerse respetable.

¿Que te importa á nadie que cada uno lo haga, aun que sea poniendose en ridículo?

A D. Tiburcio le sobra plata, lo que le falta es popularidad; Como alcanzarla?

Acuerdáse de su tia Doña Cucufata, que es el amparo de todos los pobres: allá me voy, se dice, que ella me sacará de este apuro.

Doña Cucufata, apetitosa viudita, que á pesar de frisar en los cuarenta, está... vamos, hecha una *tentación*; pues bien, esta *tentación* recibe con el cariño de costumbre á su doctor sobrino, y de buenas á primeras le mandan ir á prestar los socorros de la ciencia á un pobre anciano á quién la *crisis* á puesto en peor estado que á los maestros de esta ciudad que es cuanto se puede decir.

Como la enfermedad del desventurado proviene del *ayuno* forzoso que ha tenido que sostener por la situación de su bolsillo, más limpio que una patena, recupera pronto la salud, gracias á las limosnas de Doña Cucufata, mas bien que á los purgantes que el jóven Doctor le ha propinado.

Esto no impide que al dia siguiente tal ó cual diario lebante por las nubes á D. Tiburcio, por medio de una *solicitud* que el agradecido enfermo ni siquiera, soñaba en escribir.

¿Y que seria del mundo sin esos golpes de *bombo*?

E los han hecho flotar en la superficie de este gran mar, llamado sociedad, multitud de seres tan insignificantes, que ni con anteojos hubierase logrado conocer su microscópica existencia.

Esta cura milagrosa, que la pagan las confituras y masitas de la buena tia y la credulidad de los pavos mas tarde, es la trompeta de la fama que pregunta por los cuatro vientos la sabiduría iutinita del nuevo Hipócrates, hasta que otras no menos prodigiosas curas vienen á hacer olvidar la primera.

¿Se trata de otro enfermo? Pues cuando D. Tiburcio se hizo cargo de la curación ya estaba desahuciado de todos los galenos, y no es de extrañar que el infeliz estira las piernas.

Verdad es, que si en este caso no gana celebridad el de Matasanos, tampoco ha perdido el fruto de sus desvelos y trabajo, aunque pobre de solemnidad era el difunto.

Si Vds. le oyen hablar creerán hablarle delante de Jesucristo. El no se ha hecho médico, como todos los demás, para procurarse una posición holgada, no; lo que le sobra es dinero: dichoso de él.

La humanidad necesita en este siglo de *poscivismo*, apóstoles desinteresados y esto es muy difícil encontrar, debido á que la mayor parte no busca en la ciencia otra cosa que un *modus vivendi*.

Tiene por muy vulgar la palabra *cari-
dad*; y es por eso que se dá el mas so-

noro y pomposo nombre de *filántropo*; por algo le llaman el Dr. Filantropía, aunque nunca perdonan sus honorarios.

Según él, Jesucristo fíe el filántropo por excelencia; pues ninguno de los evangelistas refiere que cobrase ni un cobre, por sanar paralíticos, resucitar muertos, dar vista á unos y oídos á otros.

Su *cien-
ti-
a* y su *filantropi-
a*, lectores, corren parejas: la una no sana al doliente, y la otra no perdona su bolsillo.

Pantova

SECCIÓN POÉTICA

Imitación de Bacquer

Volverá la lozana primavera
La campiña de flores á sembrar,
Que otra vez, como antes, sus corolas
Erguidas lucián.

Pero aquéllas que yo te recojía
Y en tu seno dejabas marchitar,
Aquéllas que adornaron tus cabellos....
Esas.....; no volverán!

Volverán otros sauces sobre el río
Sus llorosos ramajes á inclinar,
Y entre sus verdes hojas los jilgueros
Alegres gorjearan.

Pero aquéllos donde ibamos amantes
Con el mio tu nombre á entrelazar,
Aquéllas do grabamos tantas fechas
Esas.....; no volverán!

Volverán otras noches de verano,
Y allá bajo las hojas del parral,
De tu amante las ritmicas canciones
Gozoza escucharás.

Pero aquéllas que yo te dedicaba
Y que tú me enseñas á cantar,
Aquéllas que reunidos aprendimos....
De esas.....; te olvidarás!

Acaso las recuerde tu memoria
Cuando no puedes como yo olvidar,
Cuando lastime el desamor tu pecho....
Entonces volverán!

Y entonces las memorias de otros días
Hermosas á tu mente acudirán,
Y entonces al que tanto te ha querido
Tal vez recordarás!

E. Vargas.

DEL NATURAL

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "EL PORVENIR"

No hace mucho tiempo detuve en la calle una voz de niño que decía:

— Señor, señor, no quiere Vd. conchavararme?

Miré al muchachito y me quedé perplejo, no tenía seguramente cinco años.

Descalzo, con un ancho pantalón grisáceo, recortado, con la pechera de la camisa abierta y la falda al aire libre, mostrando en la cabeza descubierta rubios cabellos enzortijados; el niño fijaba en mis ojos, los suyos azules mientras yo le observaba: parecía acentuar con su mirada el tono lastimero de su pregunta.

— No quiere conchavararme? repitió más triste.

— A ti? y para qué....

— Mi padre está enfermo, no puede

moverse de la cama, mis hermanos lloran todo el día; mi madre llora también y..... no hay pan en casa.

Me opriñó el pech, aquél acen'o infantil de verdad y de sufrimiento; al alejarme, después de haber dejado algunos cobres en mano del chiquilín, iba pensando en otras cabecitas que vertían lágrimas sus penas, en la madre que se desesperaba, en el pequeño vagabundo en busca de trabajo para aliviar el hambre de sus hermanos.

Pocos días despues, en un barrio apartado, muy avanzada ya la noche, volvió la misma voz de antes á decirme, con tono aún más doliente:

— Señor, señor, no quiere V. conchavararme?

— Era un ardid de pordiosero enseñando ó el agujon del infierno que se clavaba cada vez más adentro?

Interrogué al chicuelo: me respondió, señalando, un punto á la distancia.

— Allí, en la casa del farol, mi padre se está muriendo. Venga, vea Vd. señor y nadie me hace caso, agregaba con desaliento.

Lo segui; estaba interesado mi ánimo; había sentido revolverse en mi interior un poco de compasión.

Pronto llegamos á la casa. Un mal portón de pino nos dió paso, y, cruzando un corredor ó patio largo, sin baldozas ni ladrillos, oscuro, me paré con el niño junto á una puerta entornada que dejaba salir una escasa luz lívida.

Entre, aquí es, exclamó entonces el muchacho tirándome hacia adelante.

Penetré en la pieza.

La llama de una vela de sebo daba á la oscuridad un tinte lugubre. Se respiraba allí olor á moho y á pavesa.

Una ancha cama de hierro atajaba la luz puesta en el suelo, y á un lado del cuarto, reunido en la sombra se veía destiñirse el cuerpo de una mujer alta, inmóvil, apoyada de espalda á la pared blanca, pegada á la cabeza de la cama.

Me acerqué al lecho; vi una respiración débil, superficial, lenta como de niño dormido. Al notarme tan cerca, la mujer se aproximó y, casi con indiferencia, cual si fuera yo un visitante de todos los días, de todos los momentos, dijome en voz baja, de timbre de tubo roto.

— Ya no habla, no me conoce, dijo que se iba á morir esta noche, que no podrá respirar.

Alumbré la cara del enfermo. Estaba escuálida, macilento, con los ojos hundidos, los párpados abiertos y quietos. Le hice no sé que pregunta y me respondió moviendo la pupila á la derecha. Comprendí la mirada: el padre se había acordado de sus hijos.

Fijándome entonces más detenidamente en el cuarto, vi sobre el piso, al favor de la vela, cuatro ó cinco niños, tendidos encima de colchones hechos de ropa vieja, y otro, de meses, acostado en un cajón de madera lleno de paja. En un rincón estaba, todavía sentado en sus trapos, el muchacho de cinco años que me había llevado hasta allí.

Aquellos era una mezcla de miseria y de abandono; la bestia humana aparecía envuelta en porquería; los niños tenían en su actitud aspecto de cerdos en un chiquero, revolcándose en el lodo.

Recorrió las caras: todas eran pálidas blancas con vetas negras, de cabello, rubios, más ó menos bonitos. Acurrú-

cada en el borde de un jergón, ocupados en el centro por dos niños de tres á cuatro años, se hallaba una niña como de doce, de pelo crespo, de rostro muy lindo y sobre cuya blancura sonrosada la llama de la bugia hacía oscilar en largas proporciones la sombra de las pestanas.

— ¿Esta niña es hija suya? pregunté á la mujer.

— Sí, replicó ella, secamente.

— Por qué está escondida de ese modo? Le duele algo?

— Tiene fiebre. El médico dijo una vez que el pecho de Angela estaba malo, que por eso sudaba todas las noches, en invierno y en verano, que por eso le venia á veces mucha tos.

Angela, niña de doce años, herida por el mismo invisible verdugo que quitaba al padre el alimento en ese instante, iba tambien á ser victima del mal, de la miseria, del agente terrible que inutiliza los pulmones.

La noche aquella pasó. El sol de la mañana debió remontar á las alturas, con el aire calentado de esa noche, el último soplo de vida del hombre enfermo. Habia sido guitarrero, y como poeta loco que cuelga de los sauces la lira imaginaria rompió las cuerdas de su alma soñando, en un último estertor, con los instrumentos quebrados, que le daban el sustento de sus hijos.

Hizo un *crac*? con la boca, como sonido de bordona sacudido, le subió á la cara un poco de sangre vinosa, y se estiró, se puso rígido, muerto!

Los niños vieron despues sacar el cuerpo, quedó el cuarto más vacío, como libre de una atmósfera de plomo. La madre los contemplaba con un aire extraño, casi feroz, parecia embrutecida.

La tristeza solo velaba sobre los ojos celestes, grandes, soñadores de la pobre Angela. Su rostro de contornos delicados atraia mis miradas con insistencia; creia adivinar en el rubor febril de sus mejillas un grito de indignación contra el cielo; en sus ojos estaba escrita la página negra de la muerte.

La familia huérfana fué protejida por la caridad pública. Bajo su mandato vive hoy.

Pero Angela, la niña cuya imágen tengo grabada en la retina, siguió enferma, tosió mucho, días enteros, y continuó ardiendo así, poco á poco, quemándose lentamente, con los ojos siempre celestes, más y más grandes, con las mejillas encendidas, hasta qué, ella también, hizo un *crac!* con la boca, como sonido de arpa caída y se estiró, se puso rígida, muerta!

Ras Alua.

SECCIÓN LITERARIA

SANCHO MITARRA

¡Qué dulce es amar! ¡Que grato sería poder consagrarse al amor la vida entera!

Dicese que hay hombres que no han amado nunca y que son incapaces de amar. Yo no lo creo; pero si los hay, ¡cuánto les compadezco!

En verdad os digo, que los tales no tienen de hombres mas que la forma. Son pesadas masas de carne y huesos, hasta las cuales no ha llegado aquel

soplo divino al que debemos cuanto de bueno, de bello, y de grande hay en nosotros.

Cuanto más, esos seres sin nombre pueden sentir los brutales apetitos de la carne, y á eso es á lo que ellos llaman amor. ¡Desgraciados! de todos los placeres de la tierra, no conocen el único que es verdaderamente digno del cielo.

¡Qué dulce es amar! Cuando de la áspera corteza de los viejos robles empiezan á salir los tiernos renuevos cubierto de rojas hojuelas; cuando los chopos revisten su verde ropaje y el espino albar se cubre de flores; cuando la vellorita y clemátide empiezan á esmalte las praderas; cuando en todas partes se oye el incesante trinar de los enamorados pajarillos. ¡Qué grato es discurrir lentamente por el campo en compañía del objeto de nuestro amor!

Porque de todas las estaciones, la primavera es la mas favorable para los amantes. Así lo han dicho siempre los poetas, que no por serlo dejan algunas veces de decir la verdad.

La primavera es la estación de los amores. Nadie hay tan ignorante que no lo sepa.

Sabíalo tambien sin duda Berta de Maurac, y eso que pació hace más de mil años. Sabíalo tambien, sin duda, Berta de Maurac, pues todas las mañanitas del Abril florido iba, seguida de un paje, á verse con su amante, que la esperaba á la orilla del Grona, en un sitio poblado de corpulentos y altísimos chopos. Allí, sentados en un mohoso tronco caido de vejez, se les pasaban las horas departiendo amorosamente. Sobre sus cabezas revoloteaban sin cesar los gorriones, ó cantaban meciéndose en las ramas, y á sus pies corría el río mansamente, lamiendo los lozanos miembros y las espadañas de la orilla.

Sería muy lindo añadir qué los jóvenes se miraban en el espejo de las aguas; pero, á la verdad, ni Berta ni su amante pensaban en ello; y, ademas, el Garona, casi siempre turbio, casi siempre cargado de limo, es un espejo bastante mediano.

¡Qué mejor espejo que las brillantes pupilas de Berta de Maurac? En ellas, sólo en ellas, se miraba su hermoso y gallardo amante.

Hermosas como un sueño de amor son las doncellas de Gascuña, y Berta pasaba por la más hermosa de todas.

(Continuará)

GACETILLA

Tupí Nambá — Grandes son las reformas que está introduciendo en este café, su propietario el señor San Roman.

En breve se colocará en el centro de dicho establecimiento una preciosa fuente de mármol, como así mismo la estatua del General Artigas que ha sido traída de Europa expresamente.

Bien por el Sr. San Roman.

A los colegas de campaña

Participamos á los colegas que cangean con el nuestro, que si no nos envian con mas puntualidad su hoja, nos veremos en la necesidad de suspender el cange.

La Dirección.

Sensible pérdida — La semana pasada dejó de existir víctima de una corta pero penosa enfermedad, el apre-

ciable hacendado del departamento de San José D. Vicente Miró.

Enviamos á su distinguida familia nuestro más sentido pésame.

Nuevo periódico — Dentro de breves días verá la luz un nuevo colega semanal titulado «El Uruguayo» del cual será director el joven Eduardo Castells (hijo).

Deseamosle larga vida.

Brillante artículo — En el número próximo publicaremos como editorial un brillante artículo titulado *El Presupuesto*, el cual es debido á la pluma de nuestro Director.

Aprontrarse pues....

Teatros — Numerosa ha sido la concurrencia á nuestros teatros en la presente semana.

En Solis la compañía Dramática Italiana ha dado las mas variadas funciones en las cuales han merecido los artistas grandes aplausos.

El martes se puso en escena *Il matrimonio di Alberto*, habiendo concluido la función con el juguete cómico en un acto titulado *Alteone*.

El jueves se representó el *Drami* en 5 actos de Dumas (hijo) titulado *La Straniera*.

El viernes tuvo lugar el beneficio del característico artista Sr. Bacci, en dicha función rigió el siguiente programa: *Fuoco al Convento*, *La Pazza balada* que fué declamada por la Sra. Tessero Giudone y la comedia en tres actos *Durand Durand*.

Ayer fué la primer función en el Nuevo Politeama se puso en escena el drama *Fedora*.

En Cibils el Martes fué el beneficio del primer barítono y director dramático don Pedro Navarro, se puso en escena las siguientes zarzuelas 1º. *Caramelo* 2º. *El Alcalde Interino* y *Certamen Nacional* antes de empezar la función el beneficiado cantó acompañado de la orquesta la *serenata* del maestro Barrera.

En el Tupí Nambá — El martes pp. se efectuó en el grandioso salón del *Café Jardín Tupí Nambá*, á cargo de nuestro apreciable industrial señor San Roman el concierto dado por la orquesta del Centro Catilán, dirigida por el reputado maestro Señor Senrra; numerosísima fué la concurrencia que asistió á dicho café á saborear el aromático *Tupí* y oír los armoniosos acordes de la orquesta.

Esperamos se repitan esos conciertos.

Era tiempo — Se está procediendo á la colocación de árboles y bancos en las plazas y calles de esta ciudad.

Los bancos que se destinan á ese objeto han sido construidos en los talleres de la Escuela Nacional de Artes y Oficios.

Tiempo era de que se le diese á las plazas un aspecto mejor que el que tienen actualmente, pues se asemejan á pequeños desiertos.

Ya que hablamos del ornato de calles y plazas de esta ciudad, haremos notar y llamaremos la atención de la Junta respecto á la colocación de árboles, que no sabemos si ella ó el vecindario debió colocar en las calles cuyas veredas fueron ensanchadas.

No sabemos tampoco si al efectuarse el ensanche, se dejó á la voluntad de cada propietario el hacer ó no

